

Usureros devorados por panteras negras

¡La catástrofe! Nadie se explica cómo pasó; los manuales de historia escritos por los vencedores no explican, solo dejan cría por toda la región. Sobre la mesa de los usureros devorados por panteras negras (¿arte antropofágico de los sumergidos, arte de catástrofe contra el Mal Estructural, ese que leemos en el tríptico de Fernando Grillón?) queda el olor a sangre guaraní vertida en la Guerra de la Triple Alianza, pero también de 108 homosexuales de pueblo y un quemado fantasmal -el número 109- martirizados por el stronismo en las calles de Asunción (sucesos de 1959). Queda el dinero virtual, lo efímero contante y sonante del arte cautivo del mercado. Los usureros no se dejan ver. Ese es su barbárico báculo. Su obscena clandestinidad. Quien bien mira lo que Osías Yanov postula en su instalación, sin embargo los ve. Ausentes y esplendorosos. En realidad, simulan haber sido devorados.

Una revista GENTE de los '70 convoca la mirada. Sobre una mesa de vidrio con diseño de sarcófago, la revista es la huella gráfica de la infamia argentina, testimonio limítrofe de una época de crímenes y también de humor sano por decreto. En la tapa y en espejo, una fotografía oscura de Jorge Rafael Videla, el liberticida del Sur. En la izquierda, la pantera rosa entrevistada. Puro color. El dibujo animado, amado por mi generación, reemplaza así la mala onda de la noche y de la niebla. Pantera rosa, un apodo reversible para embromar a Videla (dicen que fue Massera el chistoso), a causa de su propia estampa larguirucha.

¿La pantera rosa se trata de una ironía del diseñador de tapa? ¿Busca ridiculizar a Videla? Las dos imágenes se complementan a fuerza de contraste. Complicitan. El rosa, rosa largo prepucio, puede significar también la máscara bajo la cual se oculta el videlismo cultural. Máscara del exterminador de toda diferencia crítica, de lo no binario; del caído bajo la mesa de los usureros, que siguen prestando al Estado y a los desesperados su plata criminal.

Nadie olvida nada, aunque el olvido insiste. De niño oí una vez mencionar el apodo de Videla: pantera rosa. Rosa también puede ser la Doña Rosa privatizadora de Bernardo Neustadt, o el *pink washing*: lo gay como producto de góndola. La gondolización de la disidencia.

Hay en la instalaciones una cadena sadiana de significantes resuelta en arte, aunque el artista sabe de antemano que su obra será también materia de ingesta y lucro. Toda queja se diluye en las tripas de la época. Nos dice: el modelo rosa importado del norte tras la liberación sexual está saturado de mercadotecnia, de individuos en serie, de clones internetarios, de *wedding planner* y cruceros de lo idéntico. Avisos hiperclasificados, sobrecodificados; en la célebre revista NEXO de los años '90 el deseo es ya el de un doble. Pasen revista a los toalleros del sauna -vagones con humo-: masculino busca masculino, oso busca oso. Un bigotudo busca otro bigotudo... dueño de una PC. En tanto, la bandera del arcoiris flamea sobre el Deutsch Bank.

¿Acaso hasta el sexo no ha sido exterminado en la interfaz? ¿En esa obligación de gozar que se impuso a través de las *apps* de encuentro, en la persistente desaparición de su exquisito secreto, en su contacto sin carnalidad no empezaba ya a vaciarse la divina soberanía de la (homo)sexualidad en Occidente? Pero la orgía, ay, la orgía, tras las puertas de los baños públicos se arrodillan los penitentes, en la curva percepción de ese cuerpo forastero en tal alcoba, el *glory hole* acreditado en luminosa oscuridad, en los callejones donde las panteras se cruzan, negras y rosas, a devorarse las vergas... habrá que preguntarse si no impera ahí una última orden del Sargento del Sexo, Sade, cuando desde un vórtice interior grita ¡gozad! Una orden así aterroriza, pero al menos nos sustrae del agobio de las pantallas de lo siempre igual, de la ilusión de lo lleno, de la teta 2.0 que envenena.

Acaso nos maten en algún zanjón urbano, pero moriremos salvadas del hastío de nuestro tiempo, el insoportable *spleen*.

Amigas, la obra nos propone sumergirnos en lo indecible de una piel de extranjero. Su ojota, su zapatilla tendrán el olor de lo desconocido. La *pax gay*, la serialización *made in gym* es el desierto. Lo decía Reynaldo Arena en Nueva York: un mundo desolado donde casi nadie encuentra un guiño.

Decía Heidegger que sólo un dios podría salvarnos del tecnocapitalismo que se avecinaba entonces y hoy nos engulle.

Ese deidad noctívaga no estará al alcance de un *delete*. En su mesiánico acontecer transpirado sobreseerá las tinieblas, para que de vez en cuando podamos celebrar la diferencia. La diferencia que proponemos es singular mestizaje contra el serializado gay, analógico digital, que mira sin guiñar el ojo, toca sin temblor.

Sálvense tus significantes guiños, tu mordida cósmica, tus cómicas antenas que reclaman otro mundo, más allá de la necropolítica, tu ilusión de plegaria atendida contra los usureros, Osías Yanov.

Alejandro Modarelli